

## ***Navidad es tiempo de Fe y de Esperanza***

Diciembre es un mes especial para nosotros los cristianos. ¡Llega la Navidad! Conmemoramos el nacimiento de Jesús, el Hijo de Dios, hecho hombre, que vino a salvarnos.

Se nos dice que la Navidad es una “época de alegría” y un “momento de gozo.” Pero, en tanto la Navidad se acerca, experimentamos, a veces, cosas muy lejanas a esa alegría y ese gozo. Estamos cansados después de un largo año, marcado por la pandemia del COVID que ha azotado a toda la humanidad.

Pero la Navidad es un tiempo lleno de esperanza, de gozo y de alegría. La Navidad nos invita a seguir al Señor, a compartir nuestro amor con los más necesitados, con el que sufre, el que llora, el que está perdido, abandonado y el que no tiene ninguna posibilidad de esperanza, haciéndola una realidad y compartiéndola con los demás.

La Navidad es la fiesta de la confianza que supera las inseguridades y el pesimismo. Dios está con nosotros; Él vino para salvarnos y levantarnos de nuestras dificultades, esa es la razón de nuestra esperanza. Tenemos la certeza de que Dios no nos abandona jamás.

***La Navidad es tiempo de fe*** - “El Ángel les dijo: No tengan miedo, pues yo vengo a comunicarles una buena noticia, que será motivo de mucha alegría para todo el pueblo: hoy en la ciudad de David, ha nacido para ustedes un Salvador, el Mesías, el Señor” Lc 2, 10-11

La Navidad es buena noticia para todos, pero de un modo especial, para quienes se sienten solos, para quienes han quedado al borde del camino. Los pastores son esas personas a quienes la sociedad no considera dignas de nada: ni de respeto, ni de un trato digno, ni de atención. Y es ellos a quienes primero se dirige el mensaje del ángel. Es a ellos a quienes se les dice: “ha nacido para ustedes un Salvador”.

La Navidad es tiempo de fe, porque nos invita a mirarnos a nosotros y a mirar a nuestros hermanos con la mirada de Dios y a descubrirnos hermanos. La fe es la que nos permite salir de nosotros mismos, para poner la mirada en el Señor y dejar que sea Él quien vaya ordenando nuestra vida según su parecer. Es tiempo de fe, porque nos permite creer que podemos ser transformados por Dios. Porque nos invita a confiar en la presencia de Jesús en medio de nosotros hasta el fin de la historia.

Es tiempo de fe porque nos permite creer que somos capaces de volver a nacer, dejando detrás al “hombre viejo” y ser reflejo de esa nueva creación, porque sabemos que sólo Él es capaz de hacer nuevas todas las cosas, y también a nosotros.

Pregunta o reflexión: ¿De qué forma somos, también nosotros, testigos de la “buena nueva” de Jesús en la vida de los más pobres, de los más vulnerables, de aquellos a quienes nuestra sociedad va dejando al borde del camino? ¿Cómo damos testimonio de nuestra fe, que está llamada a traducirse en obras concretas en favor de otros? ¿En qué siento que la llegada del Salvador transforma mi vida? ¿En qué debería ser más dócil para abrirme más confiadamente a la acción de Dios en mí?

***La Navidad es tiempo de esperanza*** – “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” Jn 1,14

Dios viene a habitar nuestra realidad. El Señor quiere poner su tienda en medio de nosotros porque quiere, participando Él de nuestra humanidad, hacernos partícipes de su divinidad.

Desde la venida de Jesús a nuestra historia, todo hecho cobra una dimensión distinta, porque todo nos remite a Dios. No hay nada humano que le sea ajeno a Dios. En su Hijo Jesús, Dios quiso hacerse partícipe de nuestra historia, de nuestra realidad y llevarla a su plenitud. Por eso, nuestra vida ordinaria: el día a día de nuestra familia, de nuestro trabajo, de nuestras amistades, de nuestro compromiso con nuestros hermanos, todos son caminos que nos llevan al encuentro con el Señor que habita cada una de esas realidades. “Yo estaré con ustedes, todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt 28,20), nos dice Jesús en el final del Evangelio de Mateo. Y sabemos que es así. Por eso la Navidad es tiempo de esperanza, porque es cumplimiento de esa promesa: Jesús, el Emmanuel, el Dios con nosotros, no nos abandonará jamás. ¡Allí radica nuestra esperanza!

¿Cómo encarno yo esa esperanza? ¿Cómo transmito a otros ese esperar en el Señor, con la certeza de que es Él quien tiene la última palabra? ¿Cómo ayudo a otros a mirar la realidad de nuestro mundo, con la mirada de la fe, la que nos da la certeza de que Dios sigue habitando nuestra realidad, que no nos ha dejado solos? Que podamos ser testigos de la esperanza en ese Dios que quiere habitar nuestro mundo, nuestra realidad, nuestras vidas.

***La Navidad es tiempo para confiar*** – María, mujer confiada - “Yo soy la servidora del Señor, hágase en mí según tu palabra” Lucas 1, 38

María es una mujer de fe, y, por lo tanto, confía. Ella pregunta “¿cómo?”, no pregunta “¿por qué?”. Si viene de Dios, no puede ser nunca algo malo; seguramente es algo bueno. Si viene de Dios, Él obrará sabiamente para que todo vaya bien. Confiar en Dios es abrirse a que se cumpla en nosotros su voluntad. Es “dejar a Dios ser Dios” y no intentar nosotros forzarle la mano.

María confía, porque sabe que Dios es bueno, que Dios es amor. Ella ha experimentado en su vida la gran misericordia de Dios; se ha sentido mirada con amor por Él, y eso le permite poner en sus manos su fragilidad, su profunda humildad. Ante la mirada de Dios, no podemos inventarnos nada: somos lo que somos y nos sabemos profundamente amados y aceptados por Él. Eso nos llena de confianza. No tenemos que fingir, nada; no tenemos que inventarnos nada para ser aceptados y queridos por Dios. Eso nos da una enorme libertad y nos permite ser lo que somos, sin más.

Confiar en Dios es entregarnos a sus manos, es dejarnos guiar por Él, que nos llevará ahí a donde Él quiera. Es ser capaz de renunciar, muchas veces, a nuestros proyectos, a nuestros anhelos personales, porque sabemos que lo que Dios nos pide será lo que dé verdadero sentido a nuestra vida. Es abandonarse porque sé en de quién me he fiado.

Cada uno de nosotros tiene, seguramente, sobradas razones para confiar en Dios. Otros pueden habernos fallado en la vida, pero no Dios. ¿Cómo comunico a otros la confianza que tengo puesta en el Señor? ¿Cómo lo he hecho a lo largo de este año, en el que el miedo y la incertidumbre nos ganó muchas veces el corazón? ¿Desde dónde animo a otros a “soltar” las riendas y abrirse a la voluntad de ese Dios que está siempre llamándonos a estar con Él?

### ***María, madre de la esperanza***

El Papa Francisco ha ensalzado el ejemplo de esperanza que nos ofrece María. Ha destacado la valentía de María, aceptando la invitación que el Ángel Gabriel le hizo y ha reflexionado sobre la dificultad que esta misión supuso para ella. Nos dice el Papa: “María se presenta como tantas madres valerosas cuando se trata de acoger en su vientre a un nuevo ser que nace. María es una mujer silenciosa, una mujer que escucha, aunque no comprenda todo lo que

sucede a su alrededor. Hasta cuando su Hijo es clavado en el madero, los Evangelios no dicen nada de su reacción, pero estaba a los pies de la Cruz... María nos enseña la virtud de la esperanza cuando parece que nada tiene sentido, confiando siempre en el misterio de Dios. No somos huérfanos, tenemos una Madre en el Cielo: es la Santa Madre de Dios. Pidamos que en los momentos de dificultad, María pueda sostener nuestros pasos y pueda decirnos: LEVÁNTATE, porque María es Madre de Esperanza”

### ***Oración de San Juan Pablo II (Ecclesia in Europa, 125)***

María, Madre de la esperanza... ¡Camina con nosotros!

Enséñanos a proclamar al Dios vivo; ayúdanos a dar testimonio de Jesús, el único Salvador; haznos serviciales con el prójimo, acogedores de los pobres, artífices de justicia, constructores apasionados de un mundo más justo; intercede por nosotros que actuamos en la historia convencidos de que el designio del Padre se cumplirá.

Aurora de un mundo nuevo... ¡Muéstrate, Madre de la esperanza y vela por nosotros!

Vela por la Iglesia en el mundo: que sea transparencia del Evangelio; que sea auténtico lugar de comunión; que viva su misión de anunciar, celebrar y servir

el Evangelio de la esperanza para la paz y la alegría de todos.

Reina de la Paz, ¡protege la humanidad del tercer milenio!

Vela por todos los cristianos: que prosigan confiados por la vía de la unidad, como fermento para la concordia del todo el mundo.

Vela por los jóvenes, esperanza del mañana: que respondan generosamente a la llamada de Jesús.

Vela por los responsables de las naciones: que se empeñen en construir una casa común, en la que se respeten la dignidad y los derechos de todos.

María, ¡Danos a Jesús! ¡Haz que lo sigamos y amemos!

Él es la esperanza de la Iglesia, y de la humanidad.

Él vive con nosotros, entre nosotros, en su Iglesia.

Contigo decimos «Ven, Señor Jesús» (Ap 22,20): Que la esperanza de la gloria infundida por Él en nuestros corazones dé frutos de justicia y de paz.